

Antawara, el espíritu de un pueblo (Cuento)

Carlos Alfredo Muñoz¹

Era un lunes parecido a domingo o acaso un viernes disfrazado de sábado. La noción del tiempo se pierde en estos días de fiesta. Quizás el mismo tiempo se viste de jolgorio y echa por la borda cada segundo, minuto y hora que le pesa en su lento cabalgar en el lomo del caballo de la historia. Lo cierto es que el mismo aire toma un matiz distinto, un aire mágico, un respiro a gloria y da la sensación de poderlo tomar entre las manos y sentir el suave aroma de su esencia. La ciudad despierta trasnochada del cansancio de fin de año que dejó una estela de abrazos y lágrimas, de encuentros retrasados y de promesas sin fin.

Muchos, sin embargo, no han dormido. Como hormigas obreras van de aquí a allá *ad portas* del carnaval que ya no da espera, que está aquí, convidado, ansiado, esperado, quizás maldecido por algún paisano rebelde. Son los artesanos, los cultores del carnaval, que cuentan los minutos, esos sí y en esas circunstancias semejantes a milésimas de segundo, tan rápidos y fugaces que parecen devorarlo todo.

Es entonces cuando el ambiente de la ciudad de Lorenzo de Aldana cambia de forma instantánea. Ponchos ligeros, antifaces para cubrirse del sol, aires musicales que parecen descender del universo en angelicales sinfonías, talleres gigantes donde se refugia el arte en una calle o en algún rincón barrial ayudan en la transformación casi inverosímil de una ciudad centenaria, introvertida, adormecida en las faldas del volcán. La sorpresa está aquí haciendo honor al título de Pasto, la ciudad religiosa que por unos días cambia su místico vivir, sus plegarias y sus exvotos por el frenesí del derroche carnavalesco.

¹ Magíster en Educación desde la Diversidad, Universidad de Manizales. Docente Tiempo Completo, Centro de Idiomas, investigador y director del grupo de investigación GILENCORS, Universidad CESMAG. Correo electrónico: camunoz@u-nicesmag.edu.co

Figura 1

Desfile magno del Carnaval de negros y blancos en Pasto. (Fotografía 9/22).



Nota. Fuente: Fotografía de Juan Pablo Rueda Bustamante. (Pasto, enero de 2020). Galería de EL TIEMPO.

Pero, ¿qué dice la historia ancestral? ¿cuál es la voz del tiempo atrapado entre el volcán tutelar y el cerro Morasurco, eternos vigilantes de la ciudad del sur? Cuentan que hace más de dos siglos, en esos avatares de la historia donde el negro se vistió de blanco y el blanco dejó de serlo para perlarde de moreno, un día los dioses del olimpo andino tutelados por el gran *Urcunina*² decidieron que enamorara a *Killa*³, la hermosa luna que ataviada de plata sale de vez en cuando, como toda mujer vanidosa, para seducir con su encanto.

El romance no tuvo dificultad, se podría decir que fue amor a primera vista. El gran *Urcunina* suspiraba cada vez que *Killa* lo envolvía con sus rayos de plata y le perlabo su frente de una nieve fina, tersa, delicada como el rocío de los campos de Catambuco. A su vez, ella sentía cosquillas en su corazón cuando el imponente volcán lanzaba sus bocanadas de fuego y su intenso olor a azufre, salido de sus entrañas, llegaba hasta ella, embriagándola del olor de tierra pura, esa madre inalcanzable de la cual un día ella nació para el universo.

² *Montaña de fuego*. Vocablo quillacinga que designa al Volcán Galeras.

³ Luna, en Quechua (Laimé, 2007, p. 44).

Como este amor era un imposible, por lo menos físicamente hablando, se convirtió en un idilio de esos que hacen suspirar a la distancia y dejan el sinsabor de haber puesto los ojos en una estrella lejana. Pero el amor todo lo puede y en una noche mágica, de esas que parece que el tiempo se detiene y el silencio sideral hace un templo a lo sacro, los dos enamorados fundieron su pasión; ella desde las alturas inconmensurables de lo infinito, él desde la desafiante cadena de los Andes y nació... ¡nació la magia, la aventura, la fantasía, la alegría desbordante!, nació una niña mitad morena como los granos de café después del beso del sol, mitad blanca como un hada de luz.

Dicen que de morena se parece al papá y de blanca a la mamá. De su padre tiene la fogosidad y el ímpetu, el fuego recorre su ser como río desbordante y loco y entonces se enciende en las llamas de la fuerza de la vida. De su madre, la luna, posee la hermosura de un niño de abril, angelical, tierno e infinito, un jugueteón de todos los tiempos que recibe el beso de las Leónidas y las Gamínidas que se detienen en su vuelo fugaz para mirarlo.

Aquella niña creció entre los arrullos de los sonsureños, las cabelleras alborotadas de los trigales dorados de los campos de Obonuco, las cristalinas venas del Valle de Atríz atravesado por la bravura de sus ríos, los fríos de enero y los cansados días de agosto. Fue arropada con el pañolón de la vieja abuela y abrigada al calor de la tiznada tulpa. Aprendió a comer papas y choclos con habas tiernas y a extasiarse con la mística carne del cuy. Jugó al cuspe y al zumbambico en los caminos aún abarrotados del polvo milenario de tiempos inmemorables. Aprendió a hablar con aquel tonito cantado que parecía más bien el gemido de una verde poesía de Arturo⁴.

Los vientos del sur la bautizaron y la llamaron *Antawara*⁵ pues sus mejillas se pintan de púrpura con el ósculo del sol en las diáfanas y frías mañanas de los imponentes Andes. Esa niña un día salió por las calles de la apacible *Villa de Hatunllacta*⁶ y entonces, en el crepúsculo de una noche fantasmal llena de silencios y de misterios, cuajada de estrellas y de galaxias, pintada por las malvas de un ocaso en la cumbre de su padre, el Galeras, oyó la voz diáfana y arcana de su madre la *Killa*.

> ¡Serás madre de guerreros invencibles que lucharán con la palabra, la danza, la música, la belleza y el esplendor!

> ¿Guerreros invencibles?

> ¡Sí, saldrán a conquistar mundos y corazones y dejarán pasmados, casi incrédulos a quienes los vean!

> ¿Entonces seré la madre de un poderoso ejército?

> Sí, y ese ejército tendrá como insignias el color, la imaginación sin límites, el barro de la tierra, el papel, la música de los pájaros libres, la cadencia del viento de las montañas, los tocados de las florecillas del camino, el juego de las torcazas.

Te daré el poder de unguir sus manos para que sean creativas, mágicas, maestras, al toque de tu luz su mente será imaginativa e infinita, colocarás el espíritu de la alegría y del derroche de gozo. Tus hombres y mujeres serán los artesanos de una fiesta multicolor que llenará de hechizo y embrujo a los que pisen la tierra del sur y arrancarán suspiros hasta a las mismas piedras que tapizan los trazos del *Qhapac Ñan*⁷.

Al principio del *Qhqmiy Quilla*⁸, el mes de los inicios y de los portales, de las dicotomías ancestrales, cuando el tiempo se abre a una nueva primavera, tus hijos destellarán de fiesta y el carnaval se vestirá de negro y blanco y el esplendor de la vida hará un altar al Sumo Creador. Las razas se unirán y las diferencias se olvidarán, porque el único palpitar del tiempo marcará para todos los segundos del arrobamiento y de la locura colectiva.

La niña se quedó absorta ante tal declaración. ¿Acaso su destino será el arcano sueño de un cuento de hadas? Entonces un rayo de plata de *Killa*, tan intenso como los mismos rayos del sol y abrazante como una llama de fuego, salió de las manos de la preciosa luna llena que como un gran disco brillaba abrazándolo todo con su luz fresca y núbil, y traspasó el alma y las manos de la niña que trémula de emoción sentía en todo su ser una fuerza única e irresistible que le invadió el alma y el corazón. La madre igualmente, le tejió en sus noches de eterno desvelo las alas universales de un ave cósmica para que su imaginación pudiera volar sin límites.

⁴ Aurelio Arturo Martínez (La Unión, Nariño; 22 de febrero de 1906 - Bogotá; 24 de noviembre de 1974), fue poeta cumbre de la poesía colombiana, abogado y Magistrado de la corte de trabajo y de la corte militar. Su único libro, *Morada al Sur*, es una recopilación de catorce poemas (en donde se encuentra incluido el poema homónimo) que plasman vívidos recuerdos de su tierra natal. (Secretaría de Educación Departamental de Nariño, 2010, p. 1)

⁵ Arrebol, en Quechua (Laimé, 2007, p. 13).

⁶ Antiguo nombre de Pasto (Pérez, 2008).

⁷ Camino del Inca.

⁸ Enero, en Quechua (Laimé, 2007, p. 171).

Por su parte, el gran *Urcunina* la llevó a su cumbre y allí, en medio de las milenarias brasas que alimentan sus entrañas de coloso, le imprimió el corazón de un fuego inextinguible, tan ardiente que nadie es capaz de resistir, fuego que consagraría las manos prodigiosas de sus hijos, guerreros de la inspiración, artesanos de la belleza.

Al amanecer, cuando el canto de los chiguacos y de las otras aves de los montes llenaba el espacio de hermosas sinfonías aladas, *Antawara* despertó con una candidez de paloma, con una alegría que le saltaba en las venas y le hacía más vivaz su cara tiznada por el humo de las hogueras y su espíritu pueril.

> ¡Vel, le dijeron los vientos del sur, ¡realiza lo que te han encargado!

Ágil se deslizó desde la cumbre del Galeras y se desparramó cual velo de una novia encantada por la piel del sinuoso Valle de Atríz y se metió silenciosamente a las añejas casas de tapia, umbrosas en su interior, cálidas en sus hogueras de enormes cocinas de leña, testigos de los cuentos fantasmales de los abuelos, escondite de los tímidos cuyes y refugio de todos sus moradores. Entró cual aroma de malvas tiernas y se coló en el corazón de todo pastuso y toda pastusa que encontró a su paso, sembrando la musa de la inspiración y del encanto. Se apoderó de sus almas y espíritus, tomó sus manos y las ungió haciéndolos sacerdotes del arte y de la fascinación, sembró el deseo de jugar, de pintar al blanco y cambiarlo por negro y al negro tapizarlo de blanco.

Desde ese momento la fiesta fue de la integración, del olvido de las diferencias, del apogeo de la unidad y de la pintica y el color. El color se volvió multicolor y ante su magia todos se hermanaron con todos. La música surgió como invitada para pintar de ensueños esa fantasía y los rondadores, las quenás, las zampoñas, las tamboras, los charangos, los toyo, las ocarinas, el palo de lluvia y las charchas se metieron cual gnomos del bosque para arrancarle al viento, a la brisa fresca de los montes, al silbido encantador de los pájaros del páramo, al grito abrumador del mar y de los profundos torrentes de los musculosos ríos, lagunas y cascadas que bañan la tierra, los mejores sonidos, aquellos que acarician, que embelesan y enamoran.

La danza también llegó y con su cadencia de siglos comenzó a acariciar las mejillas de la *Pachamama*⁹. Con los pies descalzos recorrió su piel sensual por las calles y caminos, por subidas y bajadas, marcando el paso del caminante, ya no con el ritmo cansado sino con el toque de la alegría como una ofrenda al Dios vivo en el movimiento perfecto de cuerpos y almas.

Figura 2

Desfile magno del Carnaval de negros y blancos en Pasto. (Fotografía 4/22).



Nota. Fuente: Fotografía de Juan Pablo Rueda Bustamante. (Pasto, enero de 2020). Galería de EL TIEMPO.

⁹ Madre tierra, en Quechua (Laime, 2007, p. 75).

Las manos de los hijos del Galeras se convirtieron en las manos de dioses creativos, que arrancan esplendores y belleza, suspiros y admiración. La escultura efímera fue el fruto de la pasión de aquellas manos prodigiosas. Las brujas y los duendes, las bellas mujeres y los hombres fuertes, la flora y la fauna, lo pequeño y lo grande, lo real y lo fantástico, lo ancestral y lo presente, todo se llenó de vida y se encarnó en gigantes creaciones que llenaron de luz la senda de la fiesta. El carnaval tomó forma y la magia se metió tan hondo en la vida de la pacífica Villa de Agualongo que se convirtió en pensamiento, actitud, herencia, patrimonio, identidad, cultura y memoria. Cada hijo suyo nace con ese gen que le predispone al goce sin límites y al derroche del arte.

La niña como un hada silenciosa y eterna no envejeció, vive aún en la primavera de sus tiempos porque cada año se viste de fiesta y sale por las calles, las barriadas, los parques, los salones y las plazas de la ciudad y extiende su abrazo a las veintiuna perlas, los pueblos indígenas que como collares de una novia circundan el Valle de Atríz. Se dice que no tiene cuerpo, pero sí corazón; sin embargo, muchos la han reconocido en los días del carnaval.

Al inicio, cuando en los templos se recuerda el sacrificio de los inocentes, sus hijos la pintan sobre el asfalto con los colores del arco iris, con mil rostros y con expresiones multifacéticas que hacen del pavimento una inmensa sala de exposición regada por las calles del Pasto colonial, desde la loma de Santiago, en medio de las imponentes casonas del Colorado y besada por el aire fresco del día.

En el último día del año camina por las calles con el sarcasmo auestas, riéndose y caricaturizándolo todo. Cuando el mundo estrena un nuevo calendario y abre sus ojos adormecidos, *Antawara* se acerca al altar de la Gobernadora, la Virgen de Mercedes, y recogida en mística oración, le ofrece lo mejor de las flores silvestres de sus jardines encantados.

Luego, ríe a través de los rostros de los niños que viven su propia fiesta, en el candor se sus miradas, diáfanas como las cumbres de los nevados, en sus travesuras y sus mentes ágiles y frescas que en su reino de inocencia abren el carnaval.

En la danza armónica que recorre la senda con el *Canto a la Tierra* va vestida de pañolones, refajos y alpargatas, arrullada con la música ancestral de los incas, como una reina que con sus pies tapiza de ensueños el majestuoso camino.

La miran llevando sus trastos y recuerdos junto a la Familia Castañeda, desbaratando lo normal, trastocando lo cotidiano, permitiendo que la locura se apodere y llegue a ser parte de la conciencia colectiva. La tratan de reconocer en los rostros pintados de negro donde las caras se transforman en máscaras mitológicas y risueñas, retrato de los rostros afros, premiados por el color de lo sofisticado, lo elegante y lo fuerte. Y al llegar el gran día, lo pequeño da paso a lo magno. Los hijos del Galeras se entregan a la embriaguez del espíritu, a la chuma de los corazones que han libado el místico licor de la alegría.

Y la niña se confunde entre los miles de participantes. Se dice que pasea por la senda del Carnaval vestida de fiesta, con su cara pintada de blanco, abrumada por la envolvente espuma y bañada de talco, bailando al son de las murgas que encienden de jolgorio el paso magistral, camuflada en los cucuruchos que asustan a los niños, cargando los pesados carones sin sentir cansancio, encarnada en las imponentes figuras de arlequines multifacéticos que asoman en este espectáculo fantástico y único, transformando la pacífica ciudad en el escenario de un teatro mitológico que traspasa el tiempo y la historia, bañando la senda de expresiones, policromía y cultura.

En ese camino de fiesta se encarnan los ilustres maestros cuyo legado inmortal traspasa los siglos. *Antawara* entonces revive a Zambrano, Ordoñez, Chicaíza, Narváez y muchos otros que con sus manos bendecidas por la musa del arte tallan el carnaval. A veces también se transforma en la delicada y frágil serpiente que se derrama cual cascada desde un balcón colonial en una simbiosis fantástica de lo hispano y lo indígena, lo blanco y lo mestizo.

De igual manera se la encuentra festiva, con paso elegante y sin tapujos en Pericles Carnaval, dando permiso a todos para hacer de la alegría la dueña y señora de la fiesta. Se viste de ñapanga o de una *guagua*¹⁰ hermosa ataviada con las insignias reales de papel y de color, danzando sin parar la inmortal Guañeña a cuyos acordes sus hijos se levantan cual titanes de un país fantástico.

¹⁰ Niño, en Quechua (wawa). (Laimé, 2007, p. 133).

Se la mira juguetona, pintando con los colores de la vida y trenzada en épicas batallas de espuma y de talco en un apasionante frenesí, entregada con sus hijos a la locura del carnaval. No se sabe bien donde está porque ella misma es el color, la danza, la escultura, la pintura, la música, el traje fantástico y todo aquello que encarnan las bellas artes que exaltan el espíritu y lo lanzan a las inconmensurables orillas de la eternidad.

Antawara permanece silenciosa durante el año. Parece que durmiera plácidamente en el seno de la laguna encantada de La Cocha, arrullada por los cantos silvestres de los pájaros andinos y de las quenas antiguas; sin embargo, su espíritu está latente y despierta cada vez que un hijo suyo es tocado por la vara mágica del arte, aquí o en los últimos rincones del mundo donde pinta de fantasía su momento y plasma el espíritu del Sol de los Pastos en sus obras inmortales. Dicen que escuchan su voz fuerte, viril, victoriosa, con tonos de mujer, de hombre o de niño y por cada rincón se le oye decir: ¡Qué viva Pasto, carajo!

Figura 3

Desfile magno del Carnaval de negros y blancos en Pasto. (Fotografía 7/22).



Nota. Fuente: Fotografía de Juan Pablo Rueda Bustamante. (Pasto, enero de 2020). Galería de EL TIEMPO.

Laime Ajacopa, T. (Ed.). (2007). *Diccionario Bilingüe. Iskay simipi yuyayk'ancha. Quechua-Castellano. Castellano-Quechua* (2.ª ed.)
<https://futatraw.ourproject.org/descargas/DicQuechuaBolivia.pdf>.

Pérez, V. (2008). *San Juan de Pasto. Antecedentes históricos*. Banrepcultural. Red Cultural del Banco de la República de Colombia. Credencial Historia no. 226.
<https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero226/san-juan-de-pasto>

Secretaría de Educación Departamental de Nariño. (2010). *Biografía. Aurelio Arturo Martínez*.
<http://www.sednarino.gov.co/2010/Downloads/B10gr4f1a.pdf>

Figuras

Figura 1. *Fotografía 9/22*.
<https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/las-coloridas-imagenes-que-dejo-el-desfile-magno-del-carnaval-en-pasto-449514>

Figura 2. *Fotografía 4/22*.
<https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/las-coloridas-imagenes-que-dejo-el-desfile-magno-del-carnaval-en-pasto-449514>

Figura 3. *Fotografía 7/22*.
<https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/las-coloridas-imagenes-que-dejo-el-desfile-magno-del-carnaval-en-pasto-449514>